

# Los hermanos que cosechaban cuentos de hadas

Edna Iturralde

Ilustraciones de Roger Ycaza



loquelego

## Los gemelos que podían oler el sol

Cuando doña Dorotea, la extraña tía a quien le gustaba que la llamaran Mamina, cumplió su rutina diaria de abrir los cortinajes del salón principal —mientras pedía disculpas a las arañas por el daño que les ocasionaba—, los gemelos supieron que era un día de sol. No por el brillo, sino por su olor.

—Huele a fresas —comentó uno de ellos olfateando por la rejilla de la ventana.

—Sí. Pues seguro que no hay nubes y el cielo estará muy azul como lo describe papá —convino el otro.

Y ambos aspiraron con profundidad aquel olor. El sol siempre les había olido a fresas.

Mamina los miró con ternura. A pesar del parentesco, los había conocido apenas hacía dos días.

Al padre de los gemelos, único nieto de su hermano mayor, lo recordaba vagamente como un niño flaco de lentes con una sonrisa amable. Pero no lo había vuelto a ver más. Y es que ella nunca salía de su casa, ni de visita, ni para pasear, y tampoco invitaba a nadie ni hablaba con persona alguna. Por lo tanto, no se enteró de que el sobrino nieto quedó viudo al nacimiento de sus hijos ni de que se volvió a casar con una mujer a quien los gemelos amaban como a una madre. Eso lo supo por ellos mismos.

Sus pensamientos retrocedieron al motivo de la presencia de los niños en su casa. Recordó que el teléfono sonó con urgencia y esto causó que a ella se le escapara de las manos un plato que estaba secando. Aquel aparato negro, pegado a la pared de la cocina, lo había llegado a considerar como un adorno por la falta de uso y hasta pensaba que no funcionaba. Contestó con un “aló” entre asustado y curioso. Su asombro llegó al máximo cuando escuchó que la llamada venía de la jefatura de policía. La primera explicación fue muy confusa, hasta que el policía, en tono fastidiado, le dijo que, en conclusión, cuando fueron a investigar en el

departamento de su sobrino nieto, encontraron una libreta donde estaba apuntado: “Tía abuela Dorotea (Mamina)” y el número de teléfono. Los niños aseguraron no tener otros parientes, por lo tanto, le pidieron que por favor se hiciera cargo de ellos mientras se realizaban las investigaciones acerca de la desaparición de los padres. Ella aceptó, y los gemelos llegaron por la noche asustados y llorosos, pero se abrazaron a ella como si la hubieran conocido de toda la vida.

—Tengo que admitir que esto de los olores es algo muy curioso. Por ejemplo, a mí la noche me trae el perfume de la madreselva, me hace sentir romántica —confesó Mamina con cierta timidez en la voz, que disimuló con una sonrisa que apareció formando aún más arrugas en su rostro, antes de sugerir que debían ir a desayunar.

Luis y José tenían diez años cumplidos apenas hacía cuarenta y ocho horas. Eran gemelos idénticos: de cabellos castaños y ondulados, narices respingonas, flacos y muy altos para su edad. Así decía papá cuando medía su altura tomando como punto de referencia la manija de la puerta del baño, en el departamento donde vivían con él y Anabela.

Al momento, se encontraban en aquella casona vieja donde las maderas del piso crujían. De hecho, esos crujidos resultaron ser de gran utilidad para que los gemelos aprendieran a moverse sin dificultades en aquel nuevo lugar. Ser no videntes desde su nacimiento era un detalle que no afectaba en nada sus vidas, y más bien las había enriquecido, pues los otros sentidos se habían desarrollado maravillosamente. No había olor que no percibieran; ruido que no escucharan, por minúsculo que fuera; ni objeto alguno que pasara desapercibido bajo sus sensibles dedos. Además, poseían una extraordinaria imaginación nacida y alimentada por la lectura. Algo que ellos ansiaban más que todas las golosinas que Mamina les ofreció.

—Papá nos lee todas las noches —dijo Luis suspirando, después del desayuno.

—Y Anabela también —aseguró José, recordando a su madrastra—. ¿Sería posible que tú nos leyeras? —continuó ansioso.

Mamina les dijo que ella tenía un viejo libro de cuentos. Que esperaran un momentito, que ya lo iba a traer. Sin embargo, regresó con las manos vacías.

—¡Ay, si apareciera ese dichoso libro! —se quejó Mamina alzando las manos al cielo como si de esa manera pudiera obligarlo a materializarse en el aire.

Lo describió viejísimo, con tapas de cuero y una ilustración de Blancanieves y los siete enanitos en la portada. Adentro estaba toda la colección de los cuentos de los hermanos Grimm. Y nombró los que más recordaba: “Hansel y Gretel”, “La Cenicienta”, “La Bella Durmiente”, “Rapunzel”, “Los dos hermanitos” y “El Sastrecillo Valiente”.

—Pero si me pareció verlo, ¡qué desastre no encontrarlo!, ¡qué desastre!

En realidad, la llegada de los gemelos, sus ansias de que les leyeran y el no poder encontrar aquel dichoso libro era un desastre para la anciana regordeta de ojillos negros y cabello completamente blanco, peinado en un moño de rizos al tope de su cabeza. Los únicos libros que había en su casa eran unos viejos tomos de *El arte de cocinar*, editados en Madrid, España, en 1899; o la guía telefónica de hacía varias décadas, porque ella no necesitaba tenerla actualizada.

Pero Mamina era una persona de recursos y muy creativa, por lo tanto, se le ocurrió una idea.



“A falta de pan, tortillas; pero es mejor un pastel”, se dijo, y empezó a leer el libro de cocina:

—Tenga listos quince huuueeevos de ganso, meedio balde de mantequilla, un kilooo de azúcar —leyó Mamina cambiando el tono de voz para que aquella lectura sonara entretenida—, y cuatro kilos de harina. Bata todo junto mientras reza tres avemarías. Meta al horno de leña calculando el calor y tiempo necesarios; inserte una paja de la escoba, y si sale limpia de masa, el pastel estará listo... ¡Vaya! Benditas las épocas de las familias numerosas. ¡Esto alimentaría a todo un batallón! Bien, ahora leeremos este otro libro. Buscaremos nombres de mujeres y de hombres y luego veremos de cuáles hay más —y continuó leyendo la guía telefónica—: Abandia, Manuel Francisco, número 2335; Abendi, Juana María, número 2344... No. Tampoco sirve. Es aburrido —admitió, frunciendo los labios.

Pero los gemelos estaban tan hambrientos de lectura que disfrutaron imaginándose a Manuel Francisco Abandia y a Juana María Abendi conversando con una gansa que estaba incubando una montaña de quince huevos. Esto les recordaba

el libro de poemas de Mamá Gansa que Anabela les leía.

Anabela y papá. Los gemelos trataron de no pensar tanto en lo mismo pero los recuerdos se metieron a la fuerza. Aquella horrible experiencia, más bien parecida a una pesadilla, había sucedido en una pizzería mientras celebraban sus cumpleaños...

—Escucha, Luis. ¿Dónde crees que estarán?  
—preguntó José.

Mamina también escuchó la pregunta.

—¡Ay! ¡Si pudiera encontrar el dichoso libro!  
—exclamó la anciana para cambiar de tema y justificar la angustia que sentía.

Y no era para menos, el resto de la conversación telefónica con la policía se había centrado en el terrible problema: su único sobrino nieto y su segunda esposa habían sido víctimas de un secuestro. Los delincuentes exigían una enorme suma de dinero para el rescate. Mamina era anciana, había vivido largos años y, por lo tanto, tenía mucha experiencia que se traducía en sabiduría. Se alistó para el plan B. Si la policía fallaba, habría que dar el dinero a los bandidos. Por lo tanto, ella estaba